



los recién casados oyeron misa públicamente, según las costumbres de la época, en la iglesia colegiata de Santa María.

Don Fernando y doña Isabel despacharon entonces un mensaje al monarca de Castilla para noticiarle lo hecho, pidiéndole su aprobación; repitiéronle nuevamente sus seguridades

de leal sumisión, y acompañaron al mensaje una copia de los capítulos matrimoniales, que por su contenido les serían más favorables para conciliarse su buen afecto; pero Enrique contestó friamente, que *hablaria de ello con sus ministros*.

CAPÍTULO XXXVIII



CAPÍTULO XXXVIII

Bandos en Castilla.—Don Fernando y doña Isabel.—Anarquía civil.—Sublévase el Rosellon contra Luis XI.—Heroica defensa de Perpignan.—Hace Fernando levantar el sitio.—Tratado entre Francia y Aragon.—El partido de doña Isabel se fortalece.—Entrevista de Enrique IV con doña Isabel en Segovia.—Segunda invasion francesa del Rosellon.—Acto de justicia sumaria, ejecutado por don Fernando.—Sitio y rendicion de Perpignan.—Perfidia de Luis XI de Francia.—Enfermedad y muerte del rey Enrique IV de Castilla.—Efectos de su reinado.—Escritores particulares.—Alonso de Palencia.—Enriquez del Castillo.

El matrimonio de don Fernando y doña Isabel desconcertó los proyectos del marqués de Villena, ó mejor dirémos del gran Maestre de Santiago, que este título debe ya dársele, puesto que hizo renuncia del marquesado en favor de su hijo mayor, cuando fué nombrado para el maestrazgo de la orden expresada, dignidad que sólo era inferior al trono. Determinóse, sin embargo, en el consejo de Enrique oponer desde luego las pretensiones de la princesa doña Juana á las de doña Isabel; y se recibió, por lo tanto, con gran contento una embajada del rey de Francia, en que ofrecia para la primera la mano de su hermano el duque de Guiena, pretendiente á quien la segunda habia despreciado. Luis XI deseaba comprometer á su pariente en las revueltas políticas de un reino apartado, á fin de verse libre de sus pretensiones en el suyo.

A consecuencia de esto, tuvo lugar una entrevista de Enrique IV con los embajadores franceses en una aldea del valle de Lozoya, en el mes de Octubre del año 1470. Leyóse en ella un manifiesto, en que el monarca de Castilla declaraba que su hermana habia perdido cuantos derechos pudieran corresponderle en virtud del tratado de Toros de Guisando, por haber

contraido matrimonio sin su aprobación; y después, el rey y la reina juraron la legitimidad de la princesa doña Juana, y la proclamaron como su verdadera y legítima heredera. Entonces los nobles que estaban presentes prestaron los acostumbrados juramentos de fidelidad, y se concluyó la ceremonia con los desposorios de la princesa, que entonces tenia nueve años, según las formalidades usuales en casos semejantes, con el conde de Boulogne, en representación del duque de Guiena.

Esta farsa, en la que muchos de los actores eran los mismos que habian desempeñado los primeros papeles en el convenio de Toros de Guisando, no dejó de ejercer una influencia desfavorable para la causa de doña Isabel. En ella, con efecto, se presentaba al mundo á su rival, cuyas pretensiones debian ser apoyadas por la autoridad toda de la corte de Castilla y la probable cooperacion de la Francia; y muchas de las familias más considerables del reino, como los Pachecos, los Mendozas en todas sus ramas, los Zúñigas, los Velascos y los Pimentales, dando al olvido el homenaje que hacia tan poco rindieron á doña Isabel, se adherian ahora abiertamente á su sobrina doña Juana.



Don Fernando y su esposa, que sostenían en Dueñas su pequeña corte, se hallaban á tal pobreza reducidos, que apenas podían atender á los gastos más precisos de su mesa; pero las provincias del Norte, la Vizcaya y la Guipúzcoa se habían declarado fuertemente contra el francés; y la populosa provincia de Andalucía, con la casa de Medina-Sidonia á su cabeza, conservaba todavía inalterable su lealtad á doña Isabel. El principal apoyo de ésta, sin embargo, consistía en el arzobispo de Toledo, cuyo elevado puesto en la Iglesia y sus grandes rentas le proporcionaban, quizás, menos influencia que su carácter dominante y resuelto, que le había hecho triunfar de todos los obstáculos inventados por su adversario más poderoso, el gran Maestre de Santiago, si bien no dejaba de ser un aliado poco apetecible, á pesar de su generosa adhesión, porque aunque ardentemente deseaba colocar á Isabel en el trono, hubiera querido que á él exclusivamente se diese esta elevación. Miraba con celos á los amigos más íntimos de la princesa, y se quejaba de que ni ésta ni su marido deferían lo bastante á sus opiniones, hasta el punto de que no siempre pudiese doña Isabel ocultar el disgusto que semejantes caprichos la inspiraban, y de dar lugar á que D. Fernando le dijese abiertamente en una ocasión que «á él no se le había de llevar en andadores como á tantos otros soberanos de Castilla.» El anciano rey de Aragón, alarmado por las consecuencias de un rompimiento con tan indispensable aliado, escribió á su hijo, haciéndole presente, en los términos más eficaces, la necesidad de tener propicio al ofendido prelado; pero D. Fernando, aunque educado en la escuela del disimulo, no había adquirido todavía aquel imperio sobre sí mismo, que le permitió en adelante sacrificar sus pasiones y hasta sus principios algunas veces en favor de sus intereses.

La más terrible anarquía dominaba en esta época en Castilla, porque mientras la corte se abandonaba á la corrupción y á los placeres frívolos, se descuidaba la administración de justicia, y se cometían tales crímenes y con tal frecuencia, que amenazaban la ruina total de la sociedad. Los nobles, por otra parte, sos-

tenían sus querellas personales con tal aparato de gente armada, que podía competir con los ejércitos de príncipes poderosos, pudiendo el duque del Infantado, jefe de la casa de Mendoza, poner en campaña, en el término de veinticuatro horas, mil lanzas y diez mil infantes. Las batallas, lejos de tomar el carácter de las que daban en la misma época los *condottieri* de Italia, eran terribles y sangrientas, siendo en particular Andalucía el teatro de este modo bárbaro de guerrear. Todo el vasto territorio de esta provincia se hallaba dividido por los bandos de los Guzmanes y Ponces de Leon, pues habiendo muerto hacia poco los jefes de estas antiguas casas, las heredaron ahora gentes jóvenes, cuya ardiente sangre renovó muy pronto las contiendas que se habían amortiguado algun tanto por la templada conducta de sus padres. Era uno de estos altivos caballeros Rodrigo Ponce de Leon, que tan merecidamente celebrado fué despues en las guerras de Granada, con el nombre de marqués de Cádiz. Aunque hijo ilegítimo y el menor de los que el conde de Arcos tenía, fué preferido por su padre á los demás, á causa de las extraordinarias dotes que desde la niñez manifestó, habiendo hecho su aprendizaje en el arte de la guerra en las campañas contra los moros, en las cuales desplegó en algunas ocasiones una intrepidez y un heroísmo personal poco comunes. Al suceder en la casa de su padre, su espíritu independiente, que no sufría rival, le hizo resucitar los antiguos odios con el duque de Medina-Sidonia, jefe de los Guzmanes, el noble más poderoso de Andalucía, pero inferior á él en talento y conocimientos militares.

El duque de Medina-Sidonia hizo en una ocasión alarde de un ejército que se componía de veinte mil hombres, y que se dirigía contra su adversario, y en otras se redujeron á ceniza, en Sevilla, nada ménos que mil quinientas casas del bando de los Ponces. Tales eran los medios empleados por estos pequeños soberanos en sus mutuas diferencias, y tales las devastaciones que en la parte más bella de la península causáran. Los labradores, despojados de sus cosechas y arrancados de sus campos, se daban á la holganza, ó buscaban la



subsistencia en el saqueo, habiendo producido esto tal escasez en los años 1472 y 1473, que los artículos más necesarios llegaron á tal precio, que sólo se hallaban al alcance de los más ricos. Pero apartemos la vista de este cuadro: sería muy fatigoso penetrar en los desagradables detalles de tantos crímenes y desgracias como trajeron sobre este desgraciado país un gobierno imbécil y una sucesión disputada, y que se hallan retratados con tan viva fidelidad en las crónicas, cartas y sátiras de la época.

Cuando la presencia de don Fernando se hacía más necesaria que nunca para alentar los ánimos decaídos de sus partidarios en Castilla, fué de improviso llamado á Aragón en auxilio de su padre. Habíase apenas sometido Barcelona al rey don Juan, como en otro capítulo queda dicho, cuando los habitantes del Rosellon y de la Cerdeña, provincias que, segun se recordará, fueron puestas por el rey de Aragón bajo el cuidado del de Francia, como garantía de los compromisos contraídos, oprimidos por las violentas exacciones de sus nuevos gobernantes, determinaron sacudir el yugo, y volverse á colocar de nuevo bajo la protección de su antiguo señor, siempre que pudieran contar con el apoyo de éste. El momento era oportuno; una gran parte de las fuerzas que guarnecían las principales ciudades se había retirado por orden del monarca francés para cubrir la frontera por la parte de Borgoña y de Bretaña: don Juan, por lo tanto, aceptó, lleno de alegría, la proposición, y con efecto, en un día señalado de antemano, tuvo lugar en todas las provincias una insurrección simultánea, en la que fueron pasados á cuchillo, sin distinción alguna, en las ciudades principales, cuantos franceses no tuvieron la buena suerte de poderse refugiar en las ciudadelas; y de todo el país, sólo Salsas, Coliure y el castillo de Perpiñan quedaron por los franceses. Don Juan entonces se dirigió á la ciudadela últimamente nombrada, con un pequeño refuerzo de tropas, é inmediatamente dió principio á la construcción de obras que pusiesen á los habitantes al abrigo del fuego de la guarnición francesa que ocupaba el castillo, igualmente que del ejército que debía esperarse vendría muy pronto sobre ellos.

Luis XI, irritado hasta el extremo por la defección de sus nuevos súbditos, hizo los más formidables aprestos para poner sitio á la capital. Los oficiales de D. Juan, alarmados con estos preparativos, le suplicaron que no expusiese su persona, en edad ya tan avanzada, á los peligros de un sitio y del cautiverio; pero aquel corazón de león, conociendo la necesidad de reanimar con su presencia el espíritu de los sitiados, reunió á los habitantes en una de las iglesias de la ciudad, los exhortó á sostenerse á todo trance, é hizo, por último, solemne juramento de seguir con ellos su suerte hasta lo último.

Luis, en el interin, habiendo convocado el *ban* y el *arrière-ban* de las provincias francesas inmediatas, revistó un ejército de caballería y de milicia feudal, que ascendía, segun los historiadores españoles, á treinta mil hombres. Con estas grandes fuerzas, su lugarteniente general, el duque de Saboya, acometió estrechamente á Perpiñan; y como fuese provisto de numeroso tren de artillería de batir, rompió inmediatamente un vivo fuego contra los habitantes. D. Juan, así expuesto al doble fuego de la fortaleza y de los sitiadores, se hallaba en muy crítica situación; pero lejos de flaquear su ánimo, se le vió, armado de todas armas, y á caballo desde la mañana á la noche, alentando á sus tropas, y presente siempre en el punto del peligro. Consiguíó, en efecto, comunicar á los soldados su entusiasmo; la guarnición francesa fué deshecha en diferentes salidas, quedando prisionero su gobernador, y á la vista misma del ejército sitiador se introdujeron socorros en la plaza.

Don Fernando, al saber la peligrosa situación de su padre, resolvió por consejo de doña Isabel, marchar inmediatamente en su ayuda; y poniéndose al frente de un cuerpo de caballería castellana, de que le proveyeron generosamente el arzobispo de Toledo y sus amigos, pasó á Aragón, en donde se le reunieron con toda presteza la principal nobleza del reino, y un ejército que ascendía á mil trescientas lanzas y siete mil peones. Con este cuerpo emprendió rápidamente la bajada de los Pirineos, por el camino de Manzanara, sufriendo una ter-



rible tempestad, que le ocultó por algun tiempo á la vista del enemigo. Éste, durante las prolongadas operaciones de un sitio de cerca de tres meses, había experimentado grandes pérdidas en sus repetidas escaramuzas con el enemigo, y mucho más aún por la epidemia que se desarrolló en su campo, en el cual además empezaban á padecer no poco por falta de víveres. En tan crítica situacion, la aparicion de este nuevo ejército, que tan de improviso caía sobre su retaguardia, les llenó de tal consternacion, que levantaron inmediatamente el sitio, pegando fuego á sus tiendas, y retirándose con tal precipitacion, que fueron presa de las llamas la mayor parte de los enfermos y heridos. Don Juan salió con banderas desplegadas, y entre guerreras músicas á recibir á sus libertadores, á la cabeza de su pequeña fuerza; y despues de una tierna entrevista al frente de los dos ejércitos, padre é hijo volvieron triunfantes á Perpiñan.

El ejército francés hizo una segunda tentativa, aunque tambien sin resultado (sus propios escritores la llaman un simple amago), contra la ciudad, y la campaña concluyó últimamente por un tratado celebrado entre los dos monarcas, en el cual se estipuló que el rey de Aragon pagaria al de Francia en el término de un año la suma que anteriormente se había estipulado, por los servicios que éste le había prestado en su última guerra con los catalanes, y que en caso de no cumplirlo, las provincias del Rosellon y la Cerdeña se cederian para siempre á la corona de Francia. Los gobernadores de las plazas fortificadas en el territorio disputado, elegidos por el un monarca de entre los propuestos por el otro, quedaban en el interin libres de toda obediencia á los mandatos de ambos, al ménos en cuanto pudiesen ser contrarios á sus recíprocos compromisos.

Pocas razones hay para creer que ninguna de las partes suscribiese de buena fe este tratado. D. Juan, á pesar de los socorros temporales que recibió de Luis al principio de sus diferencias con los catalanes, podia quejarse con justicia de falta de cumplimiento á lo pactado en el siguiente periodo de la guerra, por-

que no sólo le negó los auxilios estipulados, sino que indirectamente facilitó en cuanto pudo la invasion del duque de Lorena, no hallándose tampoco el rey de Aragon en situacion tan próspera, que pudiese, suponiendo que hubiera querido, hacer los necesarios desembolsos. Luis XI, por su parte, no tenía más objeto, como los sucesos lo hicieron palpable, que ganar tiempo para reorganizar su ejército y adormecer á su contrario en la confianza, mientras tomaba medidas eficaces para recobrar la presa que tan inesperadamente se le había ido de las manos.

Durante estas ocurrencias, el porvenir de doña Isabel se aclaraba de día en día en Castilla. El duque de Guiena, futuro esposo de su rival doña Juana, había muerto en Francia, aunque no sin haber manifestado ántes su desprecio á los compromisos contraídos con la princesa castellana, solicitando abiertamente la mano de la heredera de Borgoña, y las negociaciones que despues se entablaron para el casamiento de aquélla con otros dos príncipes, habían fracasado completamente. Las dudas que sobre su nacimiento había, y que las protestas públicamente hechas por Enrique y su esposa, lejos de disipar aumentaban más y más, por la necesidad de recurrir á tales medios, eran suficientes para retraer á cualquiera de un enlace, que debía envolver al que lo contrajera en todos los desastres de una guerra civil.

El carácter de doña Isabel, por otra parte, contribuía muy eficazmente á dar fuerza á su causa; porque su juiciosa conducta y el decoro que en su córte se observaba, contrastaban fuertemente con la frivolidad y licencia que reinaban, desacreditándola, en la de Enrique y su esposa. Los hombres pensadores no podian ménos de conocer que el prudente gobierno de la princesa doña Isabel debía darle, en último resultado, el triunfo sobre su rival; al paso que todos los que sinceramente amaban á su patria, necesariamente pronosticaban para ésta, bajo su benéfico mando, un grado de prosperidad á que nunca llegaria bajo el influjo de la rapacidad é insolencia de los ministros que formaban el consejo de Enrique y que continuarian probablemente formando el de su hija.



Entre las personas cuya opinion experimentó un cambio decidido en virtud de estas consideraciones, se contaba D. Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Sevilla y cardenal de España, prelado cuya elevada gerarquía en la Iglesia se hallaba sostenida por sus talentos superiores, y cuya inquieta ambicion le llevó, como á tantos otros eclesiásticos de su época, á tomar parte activa en las cuestiones políticas, para las cuales era en sumo grado idóneo, así por su inteligencia en los negocios como por su prudente discrecion. Sin abandonar á su antiguo señor, entabló correspondencia privada con doña Isabel, y un servicio que D. Fernando tuvo ocasion de hacer cuando volvía de Aragon, al duque del Infantado, cabeza de los Mendozas, le aseguraron la adhesion de los demás individuos de esta poderosa familia.

Ocurrió por este tiempo un suceso que parecia dar esperanzas de un amistoso arreglo entre los opuestos bandos, ó al ménos entre Enrique y su hermana, y fué que Andrés de Cabrera, empleado en el palacio del rey, á cuyo cargo estaba el gobierno de Segovia, cuyo inexpugnable alcázar era el depósito del tesoro real, movido en parte por disensiones personales con el gran Maestre de Santiago, y acaso más todavía por las continuas sugerencias de su esposa doña Beatriz de Bobadilla, la antigua amiga y compañera de doña Isabel, entabló correspondencia con esta princesa, y procuró facilitar los medios para su reconciliacion duradera y permanente con su hermano. La invitó, al efecto, á que viniese á Segovia, en donde residia Enrique á la sazón, y para disiparla cuantas dudas pudiera tener acerca de su sinceridad, envió á su esposa por la noche y de secreto, disfrazada de aldeana, á Aranda, punto de residencia entónces de la córte de doña Isabel. Tranquila ésta por las seguridades que su amiga la daba, no vaciló en aceptar la invitacion, y acompañada del arzobispo de Toledo marchó á Segovia, en donde celebró una entrevista con su hermano Enrique, en la cual justificó su conducta pasada y procuró obtener la aprobacion de su matrimonio con don Fernando. D. Enrique, de carácter naturalmente apacible, la recibió con afecto, y para hacer

una manifestacion pública de la buena inteligencia y armonía que entre él y su hermana reinaban al presente, salió á pasear á su lado, llevando la brida de su palafren, por las calles de la ciudad. D. Fernando, á su vuelta á Castilla, marchó apresuradamente á Segovia, en donde fué recibido por el monarca con muchas muestras de contento. Una continua serie de festines y espléndidas funciones, á las que ambas partes asistian, parecia anunciar el entero olvido de las pasadas animosidades, y la nacion contemplaba llena de alegría estos síntomas de reposo despues de las devastadoras contiendas que por tanto tiempo la habían agitado.

No duró mucho esta paz. El miserable espíritu de Enrique fuese gradualmente reduciendo á su antiguo vasallaje, y el gran Maestre de Santiago, á consecuencia de una enfermedad repentina que acometió al monarca despues de un banquete dado por Cabrera, logró infundir en su alma la terrible sospecha de que se intentaba asesinarle. Tanto irritó ó asustó á Enrique esta insinuacion, que concertó un plan para apoderarse secretamente de la persona de su hermana; pero le deshizo por completo la prudencia de ésta y la vigilancia de sus amigos. La visita á Segovia pudo frustrarse en cuanto al objeto de una reconciliacion con Enrique; pero produjo, no obstante, el importante resultado de asegurar á doña Isabel un fiel partidario en Cabrera, el cual, por la intervencion que su destino le daba en las arcas reales, llegó á ser un aliado muy oportuno en las contiendas sucesivas con doña Juana.

Poco despues de este acontecimiento fué don Fernando nuevamente llamado por su padre, para que le ayudase en Aragon, en donde la tormenta de la guerra, que durante algun tiempo se había estado formando á lo léjos, estallaba ahora con terrible furia. A principios de Febrero de 1474, D. Juan había despachado á la córte de Luis XI, una embajada compuesta de dos de sus nobles principales, acompañados de una brillante comitiva de caballeros y criados, con el objeto ostensible de ajustar los preliminares del matrimonio, ya de antemano concertado, del Delfin con la infanta Isabel, hija de